



BAIONA

Y SU PARADOR



LA COSTA ROCOSA DEL ATLÁNTICO

Cuando Dios todavía no estaba en este mundo ya eran bravas estas costas. Ya eran feroces estas aguas; ya eran feraces estos montes; y estos valles y estos ríos, misteriosos. Y estos hombres valerosos, cultos y supersticiosos.

Los primeros pueblos, conocidos por las “*piedras del rayo*” que por esta ría dejaron sembradas, vivían en castros apretados. Los hombres araban el centeno. Y hurgaban en los huertos casi como ahora. Las mujeres tejían sayas de colores casi como ayer. Todos comían pan oscuro y animales y plantas de los valles y bichos recogidos en las rocas y en las playas, casi como hoy. Los vecinos de estos castros vivían en compañía de encantos y duendes invisibles llamados “*mouros*” y encontraban la ayuda de los dioses de las aguas, de las piedras, de las plantas, de la luna... Como el olivo y el laurel, que espantaban y espantan las tormentas. Como las aguas del Miño, sanadoras de niños si una vela no se apaga navegando en una cesta con las ropas del infante. Como el bautismo de la embarazada, garantizador del parto en nocturna ceremonia sobre puente...

Así encontró estas costas el romano primero que a ellas vino, cuando al oír el mar embravecido supo enseguida que eran los resuellos y suspiros de la tierra. Pero llegaron las legiones hasta estos finales de los mundos conocidos en busca de aventuras más prosaicas: Como seis siglos antes de los nuestros, otro Colón explorador descubrió que en estas tierras se ocultaban los tesoros más preciosos. Y se poblaron estos litorales de colonias griegas y fenicias antes que romanas. Todas en busca -sobre todo- de la plata, el estaño y el oro que en tanta abundancia había.

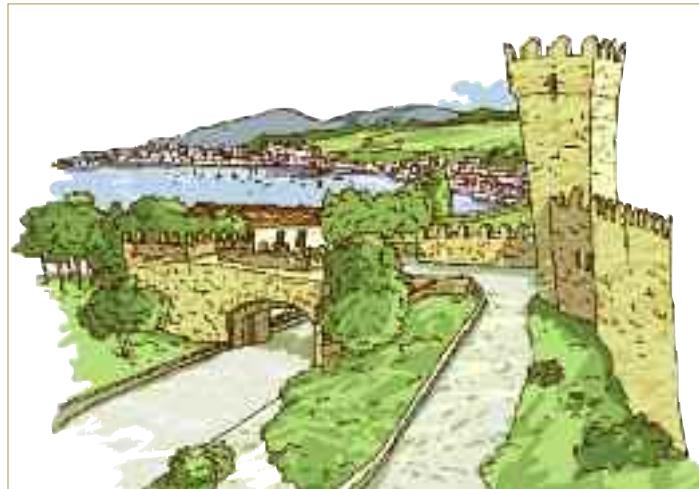
El cónsul Flavio Serviliano sembró el terror por los contornos del Miño. Puso en sitio a los rebeldes en el recinto fortificado de la Erizana, así llamada entonces antes de ser Bayona. Pero cuentan crónicas veraces que una noche apareció Viriato, valiente y sigiloso, y logró liberar a los patriotas gallegos y marineros. Entonces es cuando dicen que dijeron: “*Oro y plata no tenemos para comprar la libertad; pero hierro nos sobra para defenderla...*”

Fue el insigne Julio César quien haría imperiales estas playas. Y en ellas construyó una armada que pudo derrotar a los herminios refugiados en las islas Cíes, donde instaló acuartelamiento general. Hicieron campamentos que fueron ciudades y provincias luego. Construyeron caminos para llevar más cosas que traer. Pero también dejaron leyes y costumbres nuevas. Las armas del Imperio vencieron a estos celtas, pero los dioses druidas se hicieron hueco en el latino Olimpo.

Pero, al fin, llegó la ley de Cristo. Convivieron las cruces con los castros. Lo dice Otero Pedrayo, que tanto y tan bien ha contado las cosas de Galicia entera: “*Contemplando un castro coronado por una iglesia, se experimenta, al cabo de los siglos, en tan sencillo y frecuente paisaje, la emoción de aquel momento de infinita trascendencia...*” Enlaza conmovedores elementos celtas con la iniciación evangélica. Fue el eje de la vida medieval de la Galicia creadora y el origen de la metrópoli intelectual, sentimental y artística de Galicia.

Los primeros siglos de la fe crecieron encendidos por la palabra y el don del encanto de Prisciliano, que enamoró a los hombres y, en

especial, a las mujeres de estas tierras, con la consiguiente envidia de otros predicadores que acabaron con él con turbia y misteriosa decapitación. Sus doctrinas cristianas, entreveradas del panteísmo celta, no acabaron con su muerte; muy al contrario, crecieron y enraizaron hasta bien cumplido el sexto siglo. Su influencia se extendió por el mundo occidental de entonces: Santos y sabios cristianos tan notables como San Ambrosio y hasta San Agustín se interesaron vivamente por las creencias de la secta de estas tierras.



PUERTO DE EUROPA; PUERTA DE LAS AMÉRICAS

Tandas de ingleses, pandas de alemanes, cuchipandas de japoneses. Franceses arracimados, agitanados hispanos... Unos llegan en busca del sol que no acalora; otros quieren ponerse al viento que sí dora. Algunos quieren jugar con el sorbete de sus olas. Bastantes acuden al romance de estas nieblas de Historia y leyendas soleadas. Todos vienen a Bayona; todos prenden en Bayona. Al castillo y palacio de Monte Real. Al Parador donde el Conde de Condoril ofrece milagroso balneario para el alma y gozoso estimulante para el cuerpo.

Está el viajero aposentado en geografía de privilegios. En historia de sortilegios. Entre el pasado que recuerdan estas tierras y el futuro que anticipan estos mares. Tantas cosas desfilaron por aquí que este monte ha vivido el trajinar entero de Galicia.

La azarosa vida de este Parador cuajó a la Historia cuando los tiempos moros: Fue albergue breve de Almanzor, no se sabe bien si antes o después del feroz saqueo de Santiago. Apenas estrenado el año Mil, las ruinas sarracenas son cristianamente restauradas por el Rey Alfonso V y enseguida comienzan los tiempos infinitos de guerras y treguas; de codicias y esplendores.

Esta muralla conoció las primeras guerras fratricidas hispano portuguesas. El Emperador Alfonso VII resolvió con valeroso éxito la invasión de su primo y lusitano Rey Alfonso ayudado de las gentes de estas tierras, llamadas todavía Monte do Boi, allá por el siglo XII. Jubiloso, el Emperador concedió éstos que eran sus dominios al vecino Monasterio de Oya. Sus monjes cistercienses ejercieron de eficaces artilleros contra los frecuentes ataques de

Anduvieron luego los suevos por aquí, en compañía de una época de hambres, pestes crueles, saqueos y calamidades mil, hasta que puso las cosas en su sitio Leovigildo con la anexión del reino suevo al visigodo.

Ya casi amanecido el siglo VII, Recaredo se hizo fuerte en esta plaza fuerte y en la vecina Tuy. Y, para ufanar su dificultosa y meritoria hazaña, mandó acuñar moneda.

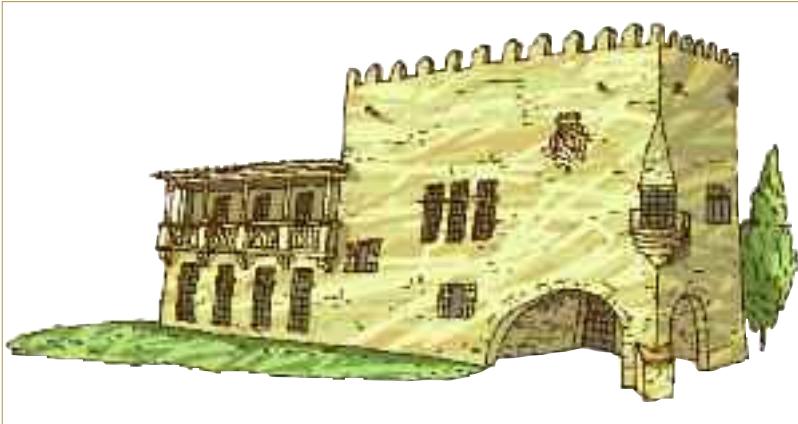
Pero, como ya se sabía, nunca dura la alegría en la casa del pobre. Así que llegó la furia sarracena y berberisca con infieles afanes de saqueo y de dominio. Justo por entonces crecerían estas piedras que en muralla y castillo acabarían por florecer en el palacio que el huésped tiene hoy la fortuna de habitar.

naves turcas o argelinas. Cuentan que el Abad solía abatir los barcos enemigos santiguando el cañón con la señal de la Cruz. Enseguida tuvo nombre y fuero propio otorgado por el noveno Rey Alfonso en las “Islas de los Dioses”, que son las mismas Cíes que el viajero tiene hoy ante su vista: los vecinos de Baiona gozaron de plena libertad para el comercio marítimo. Sus naves visitaban los puertos de Gascuña y La Rochelle. Inglaterra, Irlanda, Flandes, Sevilla...

En estas aguas fue construida la escuadra del Rey Santo, Don Fernando III, para su disputada, celebrada y deseada conquista de Sevilla. Y por esos mismos tiempos se estaban rematando las obras de esta hermosa colegiata románica, ojival y milagrosa que hoy oficia de Iglesia Parroquial en esta Villa.

Llegó a ser el primer puerto del comercio de Galicia con Europa y con España cuando, casi a finales del siglo XIV, recibió la visita e ingrata ocupación de los ingleses capitaneados por el Duque de Lancaster. Fue escenario de las sanguinarias cabalgadas de Pedro Madruga, Conde de Camiña; pasó a cuchillo a los vecinos y, en lo más alto de esta loma, se construyó la casa que aún lleva su nombre. Con pactos y favores del Arzobispo Fonseca y “armas de pólvora”, entonces misteriosas, puso patas arriba media Galicia, incluidos los “irmandíños” y la ciudad de Santiago. Definitivamente, los Reyes Católicos impusieron paz y después gloria en

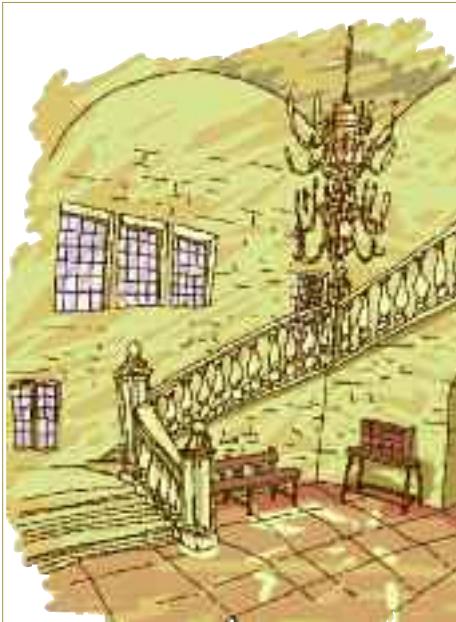
esta y en todas las Españas. Desde entonces permanece, piadoso y vigilante, el crucero gótico de la Trinidad que saluda al caminante en la Porta de la Vila. Decidieron los monarcas situar el núcleo de gobierno de la villa dentro de este recinto fortificado llamado, desde entonces, Monte Real. Dentro estaban el gobernador y su castillo, el Consistorio y el convento



franciscano. Murallas afuera vivían marineros, comerciantes y artesanos.

Bayona tuvo el azaroso privilegio de ser la primera población de España que conoció la buena nueva del éxito de la aventura de Colón: Aquí arribó “*la Pinta*” de Pinzón, antes que “*la Niña*” de Colón lo hiciera por Lisboa. Las aguas de estas playas fueron la primera pila bautismal de aquellos indígenas todavía infelices.

Pronto las calles de la villa comenzaron a lucir bellos edificios que el tiempo ha querido respetar: lo que hoy es el Consistorio fue palacio con torre y patio renacentista de Lorenzo Correa. La Casa de la Zeta, también llamada del Perdón, gozó de fama y privilegio de ofrecer indulto al condenado que en ella lograra cobijarse. El severo Convento de las Dominicas...



La actividad del puerto y la prosperidad de la ciudad despertaron la ambición de intrépidos piratas: Drake practicó saqueos numerosos, felizmente resueltos por un joven y conde Gondomar, que sería nombrado gobernador perpetuo del lugar que Felipe II consideró, nada menos, que la “*llave de sus reinos*”. Gondomarería, además, gobernador de Valladolid y embajador ante Francia, Inglaterra y Alemania, donde supo llevar la hidalguía y los productos españoles allá por donde iba.

Por el siglo XVI y los años posteriores, los vecinos de Bayona conocieron nuevos tiempos de abundancia y también de épicas pillerías marineras. Cuando el Rey Felipe V rompió sus amoríos con

los ingleses -ya corría el siglo XVIII- muchos de estos “bayoneses” se dieron al jugoso y legalizado oficio de corsarios de “intachable honorabilidad y profundos sentimientos religiosos...” Estaban agrupados en la Cofradía del Corpo Santo y gozaban del abrigo y protección de los cañones de esta fortaleza. El “*Gavilán*”, el “*Diligente*”, el “*Espadarte*”... hombres temerarios de virtudes y valor incuestionables, conocieron famas y botines abundantes: bacalao, quesos, cueros, vino, azúcar... surtían los mercados de la villa y la comarca entera.

Ya por entonces se enriquecía la villa con nobles edificios y relatos escondidos en leyendas. Como esta altanera Torre del Príncipe que así tendría que ser llamada por servir de tétrica morada a un vástago de la dinastía de los Austrias ocultada identidad bajo la máscara

de hierro que luego noveló Alejandro Dumas. Como la Capilla de la Santa Liberata, hermana gemela de otras ocho niñas mártires, que acabó crucificada tal y como en el Altar Mayor puede comprobarse con detalle. Como la Capilla de San Juan o el Hospital que fue de Sancti Spíritus, casa que es hoy de la Cultura...

Cuando los franceses se sintieron invitados, recibieron abundante banquete de pólvora, obsequio de los hijos de esta ría y fue éste el primer pueblo de Galicia en devolver a los vecinos a su sitio.

Los tiempos, desde entonces, corren que vuelan. Los cañones y troneras enmudecen para siempre, mediado ya el siglo XIX, quedan convertidos en inmortales abalorios de hazañas y encantamientos...

CALLES DE PIADOSOS CORSARIOS

1. Iglesia Parroquial o de Santa María.
2. Convento de Dominicas.
3. Capilla de Santa Liberata.
4. Ermita de la Misericordia.
5. Monumento conmemorativo de la llegada de *La Pinta* a Bayona en 1493.



EL ÍNDISCRETO ENCANTO DEL MARISCO

El comensal se siente aquí en la ineludible y exquisita obligación de practicar la ancestral artesanía del marisqueo, de mesa con o sin mantel, en imaginada pero cierta compañía de aquellos primerizos gallegos apenas asomados a lo primero de los tiempos. Por las rocas de estos montes y en la arena de estas mismas playas acostumbraban los primeros moradores de Bayona a darse festines tan abundantes y frecuentes como su apetito lo hubiera menester.

Pruebas no faltan, conchas escondidas en montones en lo más hondo de los siglos: lapas, mejillones, bígaros, ostras, vieiras, almejas... Se las apañaban, según saben los que saben, calentando al fuego piedras para hacer hervir en agua estos lujuriosos alimentos. Imité y celebre el viajero tan venerable costumbre que está en el mejor sitio para ello.

Si en busca del mejor consejo culinario diese el viajero con alguno de los pocos paisanos lenguarcaces que todavía quedan, le devolverá respuesta por preguntas, en este caso de todo punto imprescindibles. Para comer ¿Aquí en la costa o más adentro siguiendo por la ría? ¿Hacia Vigo o tirando más bien a Pontevedra? ¿O bajando un poco a la Raya de Portugal? ¿Pescado o un poco de Marisco? ¿O las cosas que comemos los paisanos?: el **Lacón con Grellos**, el **Pulpo a Feira**, la **Empanada...**

Verdad es que a estas mesas se asoman manjares tan variados y cambiantes casi como guste o decida el más caprichoso paladar. Pero no se olvide el comensal que se pasea por la más exquisita reserva

marisquera, donde el molusco conquista las más elevadas cotas gastronómicas. Como la **Almeja**, que sólo por aquí alcanza su plena y pudorosa pubertad. Como los **Mejillones**, modestos de precio pero inapreciables de sabor. Como los breves **Berberechos**, que hacen vicioso aperitivo. Unos y otros según y casi como se quiera: Crudos; apenas vivos, al vapor; o, definitivamente, en salsa tal vez Marinera.

Vieiras, Langostas, Nécoras y Centollos, de las aguas castigadas en las Cíes de aquí enfrente; sólo piden un hervor aunque aceptan con agrado, la compañía siempre secundaria de alguna pero no cualquiera salsa.

En este, también, paraíso de la **Angula** y la **Lamprea**, bichos feos de muy guapo comer. Fritas, en Salsa, a la Bordelesa, en Empanada... Y **Ostras, Cigalas, Camarones, Buey de Mar, Pulpo...**

Los pescados de siempre, con el aval de este Atlántico gallego, y otros más propios y menos frecuentes: **Salmón, Reo, Sábalo, Rape, Rodaballo**. Y otros más pequeños pero nada humildes. El **Jurel**, la **Raya** o la **Faneca** y, desde luego, la **Sardina**. Asadas o Fritas en Sartén; en Escabeche o bajo el manto de **Empanada de Xouba**.

Dulces en forma de **Filloas, Melindres y Roscones**. O las llamadas **"Encomiendas"** y otras antiquísimas recetas rescatadas y escondidas en conventos. **Vinos de Ribeiros y Albariños**. Del **Condado, el Rosal y Espadeiro** sobre todo.

De estos y otros muchos platos encontrará el viajero cumplida muestra en casi todas partes. De unos y otros este Parador ofrece siempre un cuidadoso y seleccionado repertorio que hará, sin duda, la mejor satisfacción del comensal.

RÍAS DE AIRES SOLEADOS

La Ría de Bayona no es más, pero tampoco menos, que una aprendiz y alumna aventajada de la Ría de Vigo. Por lo largo y por lo ancho de ella -siempre al lado más que cerca- puede el viajero encaminar sus pasos, al encuentro de parroquias y paisajes de valores y estampas siempre sorpresivos. Al encuentro de deportes o de una naturaleza rocosa, atormentada, pero alegre y viva, en busca de secretos presentes de la vida del pasado o del arte que coleccionan estas tierras. O de esta sin par gastronomía que alegra y alecciona todo caminar.

■ Al Monte de Santa Tecla

Es lugar que goza el privilegio de múltiple excepción: atalaya singular de paisajes y montes con los mayores tesoros arqueológicos de toda la geografía peninsular. Pasa, además, por ser el mojón que quiso Dios poner frente al Océano para poner la raya de las tierras de Galicia. Enormes bloques de granito y numerosas variedades de aves



marinas saludan el camino que conduce al **Monasterio de Oia**, decisivo e histórico cenobio nacido románico y adornado con fachada barroca.

En **A Guarda**, villa marinera, está **Santa Tecla** y el castro celta, precedente y museo natural de la primera vida de todos estos pueblos.

■ En las Islas Cíes

Monte Agudo, San Martín y otros islotes en el adelantado y celador Archipiélago de Bayona desde los tiempos más remotos. Fue campamento de celtas y romanos; guarida de vikingos y piratas y cenobio de rezos y cánticos benedictinos. El visitante encontrará muestra de las vidas de unas y otras gentes y gozará de este paraje natural que es oasis concurrido de abundantes aves marineras.

■ Por la Raya Verde

Principio de la **Costa Verde** portuguesa, gallega siempre todavía. Anchas playas de arenas finas y doradas. Aguas de azul y transparente. Verdes de pinares y mil flores. Tierras y gentes hermanas de Bayona con pasados compartidos de odios y amoríos.

Viana do Castelo. Conserva y enseña las esencias del más puro folclore lusitano. Gentes de gusto multicolor en cerámicas, encajes y filigranas.



Valença do Minho. Conserva su vigilante fortaleza del siglo XIII, celosa de las aguas de este Miño que vió cruzar lejanas guerras y recientes contrabando.

■ A Vigo

La hermana pequeña de Bayona que en el pasado siglo se hizo grande, comerciante y respondona. Hasta entonces fue notable fortaleza y villa pescadora. No ofrece la ciudad notables monumentos ni históricos residuos del pasado. Pero es interesante mirador y tentador escaparate de artesanías y mariscos.

Monte do Guía es el observatorio de la villa y de su ría. **Monte do Castro**, primitivo asentamiento de Vigo, estuvo el legendario **Castillo de O Penso**, condenado a ruinas por el inquietante Arzobispo Fonseca. A la bajada, es de agradable callejero la **Cidade Vella** en torno a la **Plaza de la Constitución** y la zona de **Berbés**, antiguo barrio pescador.

El **Pazo do Castrelos**, del siglo XVII, es hoy el Museo Municipal de la ciudad. La **Iglesia de Santa María**, románica del siglo XIII, perteneció a la Orden de Malta. El Altar Mayor es churrigueresco.



PARADOR DE BAIONA Conde de Gondomar

36300 Baiona (Pontevedra)
Tel.: 986 35 50 00 - Fax: 986 35 50 76
e-mail: baiona@parador.es

Central de Reservas

Requena, 3. 28013 Madrid (España)
Tel.: 902 54 79 79 - Fax: 902 52 54 32
www.parador.es / e-mail: reservas@parador.es
wap.parador.es/wap/

TEXTOS: MIGUEL GARCÍA SÁNCHEZ DIBUJOS: FERNANDO AZNAR